

EDICIONES
BISTAGNE

1
pta

Dolores del Rio

EVANGELINE

EVANGELINA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EVANGELINA

Adaptación del inmortal poema de
LONGFELLOW

Dirección de EDWIN CAREWE



Film distribuidos por
LOS ARTISTAS ASOCIADOS
(United Artists)
Rambla Cataluña, 62
BARCELONA

TIPOGRAFÍA CATALANA · VICH, 16 · TELÉFONO 73733 · BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

<i>Padre Feliciano</i>	Alec B. Francis
<i>Basilio</i>	Janes A. Marcus
<i>Miguel</i>	Robert Mack
<i>Raimundo Blanqui</i>	George Marion
<i>Benedicto Fonteni</i>	Paul Mac Allister
<i>Evangelina</i>	DOLORES DEL RIO
<i>Bautista</i>	Donald Reed
<i>Gabriel</i>	Ronald Drew

EVANGELINA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Con mano trémula llamó Bautista a la puerta de la casa.

Le pareció como si aquellos golpes repercutieran en su corazón.

Nadie contestaba. Aguzó Bautista el oído y pudo percibir un dulcísimo e inconfundible canto. Era Evangelina. Su voz tenía matices de agua clara. Vibraba también en ella algo así como un rumor de frondas. Todo cuanto estaba en la naturaleza estaba también en aquella voz.

Como los pastores, Evangelina había aprendido a cantar sobre la pauta de los arroyos y de los bos-

ques, del mar y de las rompientes, del aire y del sol.

Y, además, cada vez que cantaba, algún ángel bajaba del cielo y ponía la nota divina en su voz.

Al oír aquel canto y al ver que no le contestaban decidióse Bautista a abrir la puerta. La empujó suavemente y entró.

Cosía Evangelina las sencillas prendas de su indumentaria y dejó aquella faena para trocarla por otra. Al coger el palo y empezar a remover la masa del pan vió a Bautista en el umbral.

Su afecto era para todos, si

bien su corazón era sólo para uno. Por eso sonrió afablemente a Bautista, su amigo de la infancia, y le dirigió un saludo lleno de cordialidad.

Bautista llegó hasta ella y se detuvo a su lado mirándola fijamente. Evangelina leyó una extraña decisión en sus brillantes ojos. Jamás se le había mostrado Bautista en aquel aspecto, bajo aquella expresión decidida y firme.

Le miró a su vez extrañada y entonces leyó algo más que firmeza en sus ojos: leyó el amor.

Algo de eso sabía Evangelina, pero siempre lo guardaba Bautista codiciosamente, como un preciado secreto. Ahora, en cambio...

Turbada por aquella mirada, huyó de su lado y puso entre ambos la mesa.

Pero Bautista iba decidido a manifestar su secreto.

—Evangelina—dijo con voz trémula—. No puedo seguir callando... Te amo... Te he amado siempre...

Ante la explosión de amor, tan humana y tan sincera que le vino de Bautista, Evangelina se conmo-

vió. Comprendió lo que para Bautista significaría una negativa y vaciló antes de dársela y le premió con una mirada de gratitud.

Pero en aquel momento, desde la ventana, vió allá bajo, en la inmensidad del mar, la mancha blanca de una vela y ello le dió ánimo para contestar:

—Ya sabes que amo a otro, Bautista. Para ti mi amistad y mi gratitud; para él mi corazón y mi vida entera.

Toda el alma de Evangelina había surgido a sus ojos en esta explosión de amor, tan franca y tan legítima como la de Bautista.

Sus ojos negros, lo mejor de Evangelina, aquellos ojos donde se concentraba toda su vitalidad, eran como dos faros simbólicos. Allí hallaría su luz todo el que buscara la verdad del amor. En ellos aprendería a amar el que no sabía de afectos ni de pasiones. Eran profundos, insondables. Tenían relampagueos fascinadores. Sin embargo, no era Evangelina uno de esas mujeres fatales que el cinematógrafo ha puesto en boga. Era un símbolo de amor y acaso

de amor apasionado, pero no de amor turbio e insano, sino de amor alto, sublime, purísimo...

—Para ti mi afecto y mi gratitud—repitió—. Para él todo mi corazón y toda mi vida y todo lo que valgo.

Y entonces contestó Bautista:

—Comprendo tu amor, Evangelina, porque juzgo por el mío.

* * *

Estos hechos tenían lugar en Acadia y a mediados del siglo XVIII.

Era Acadia un pueblo feliz. A un lado se veían inmensas y verdes praderas donde pacían abundantes rebaños, bien cebados y limpios. La pradera, al correr sobre ella la vista, se convertía de pronto en campos de trigo y en seguida en hermosos vergeles. El Atlántico lo limitaba por otro punto y allí los prados y los vergeles se convertían en masas de rocas contra las que el embate de las olas era constante.

Por dondequiera que se tendiera la vista se hallaba un hermoso

Comprendo y lo respeto. Que seas muy feliz. Que te merezca el hombre que ha tenido más fortuna que yo. Pero, óyelo bien: jamás dejaré de amarte.

Y en aquellas dos almas compenetradas por el sentimiento del amor, se tendió un nuevo lazo de simpatía: el de la admiración mutua.

cuadro lleno de vida y de pujanza y se aspiraba el fuerte aroma del bosque mezclado al hálito puro y fresco del mar.

Por las colinas caían canturreando los arroyos y los blancos caminos ondulaban con ellos por entre las frondas.

Árboles milenarios ponían la nota vibrante de sus troncos oscuros y retorcidos sobre un fondo de peñascos o de olas embravecidas.

Parecía algo así como si allí no hubiera habido hombres jamás y todo se conservara con el sello de magnificencia y sublimidad que le dió Dios al crearlo.

Y es que lo que allí no había entrado era la maldad del hombre. Allí todos los hombres eran respetuosos con aquella selva recóndita, con aquella especie de nido natural donde hallaban la felicidad completa. El mundo ignoraba todavía la presuntuosidad de los rescacielos y el alarde de las viviendas fastuosas, y esto se desconocía más aun en aquel rincón donde no existía otra ambición que la del bien mutuo y al que no llegaban sino débiles ecos de la civilización corrompida por mil avideces y concupiscencias.

Las casas eran sencillas, de madera; parecían chozas, pero la limpieza y el orden les prestaba un grato ambiente de comodidad que no sería superado por las casas ciudadanas. La mayoría eran granjas con espaciosos corrales llenos de ganado de piel reluciente, o rodeadas por jardines donde toda semilla era fecunda y toda flor se producía como llevada de un misterioso deseo de vivir en aquel ambiente.

Las blancas aves marinas revoloteaban o planeaban ingrátida-

mente en la costa, llenando el azul de anillos y giros majestuosos y tierra adentro otras aves de colores más vivos anidaban en los tupidos bosques y llenaban la selva de cantos o de bulliciosos juegos, persiguiéndose y amándose constantemente.

Si hermoso era el panorama, más hermosa aún era la vida del pueblo. Sus sencillos moradores vivían para el bien, para el amor y para el trabajo, sin que nada les distrajera ni les tentara a ser de otro modo.

Las más nobles y sencillas actividades les ocupaban y en tanto unos recolectaban el trigo en el campo o lo labraban y sembraban, otros apacentaban rebaños en las praderas y otros se lanzaban mar adentro con sus barcas de vela para llenarlas de plateada y fresquísima pesca.

Por todas partes se oían alegres canciones que tenían ese sabor popular e inconfundible de las melodías que no fueron escritas jamás en un papel pautado. Todos se conocían y todos se amaban como hermanos. Las puertas care-

cían de cerraduras y todos tenían un puesto en las casas de los demás como los demás lo tenían en la suya.

Los días de fiesta se reunían en la plaza del pueblo y cantaban y bailaban en tanto los enamorados aprovechaban aquella conyuntura para estrecharse las manos durante las danzas y para hablar de aquel amor profundo y sin insanas complicaciones de que aquellas almas eran capaces. Algunos, ya prometidos, se permitían apartarse del bullicio para entregarse de lleno a sus coloquios en los frondosos rincones que por doquier abundaban.

Durante el invierno, en las noches crudas en que todo aparecía cubierto por el manto blanquísimo de la nieve, en torno a cada hogar se reunían varias familias y pasaban la velada entretenidas en inocentes juegos. Durante el estío las reuniones se celebraban a las puertas de las casas y jugaban los jóvenes como niños y los viejos charlaban apaciblemente.

En los días triunfales de la primavera, cuando las florestas flore-

cían y los bosques abrían las copas verdes de sus frondas y los prados se tapizaban de una alfombra húmeda y verde, una fuerte palpación de juventud y de vida animaba aquellos corazones humildes. No sabían bien la causa de aquellos estremecimientos, de aquellos deseos confusos que turbaban su alma y su cuerpo, pero tenían una obscura intuición de que era la época del amor al ver que todas las aves del bosque y todos los animales del campo, y los insectos e incluso las plantas se entregaban a arrullos y acercamientos amorosos.

Era hermoso el espectáculo de aquella juventud pura y sana buscándose con ojos más resplandecientes que nunca y charlando con jadeos de emoción. Era hermoso el espectáculo de aquel dulcísimo deseo de amar.

Así era Acadia, un pueblo-paraiso.

Nada se sabía allí de rencores ni de contiendas. Nada se sabía allí de lujos ni de ambiciones.

Amor, paz, trabajo... Este era el lema de aquellas nobles gentes.

II

Apenas se hubo marchado Bautista, Evangelina echó a correr en dirección a la costa.

Se comprendía que iba al encuentro de aquella barca que había visto desde la ventana cuando se atrevió a desengañar a Bautista.

Evangelina corría como un chicle y la brisa del mar levantaba sus anchas faldas dejando al descubierto las piernas fuertes y bien formadas, finas y ágiles.

Sus ojos se dilataban. En toda ella vibraba un anhelo que no podía ocultar. Detúvose de pronto. Ante ella había aparecido la figura sombría de un sacerdote. Es decir, sombría por los oscuros hábitos, pues en cuanto al rostro, era

un cura simpático y alegre como todos los moradores de aquella feliz aldea.

Arrodillóse Evangelina y demandó:

—¡Dadme la bendición, padre Feliciano! ¡Pronto!

Había enlazado las manos en un gesto lleno de misticismo y tenía la cabeza religiosamente inclinada.

El padre Feliciano, un poco desconcertado por lo apremiante de aquella demanda, se apresuró a darle la bendición y aumentó su desconcierto al ver que la joven se ponía en pie de un salto y continuaba corriendo como un energúmeno.

Se volvió para contemplarla y

una sonrisa benévola iluminó su rostro al ver que Evangelina se instalaba cerca de la costa y comenzaba a mover los brazos en señal de saludo por una barca de vela que se acercaba.

“Cosas de la juventud y del amor”, se dijo el padre Feliciano y continuó su camino apaciblemente.

Llegó la barca a la costa. Se acercó al acantilado y los marineros comenzaron a desembarcar, trepando por el alto muro rocoso con una agilidad sorprendente.

Imposible parecía que un hombre pudiera subir por allí. Los salientes de las rocas eran leves y resbaladizos. El muro era tan alto que mirado desde arriba producía vértigo.

Pero Evangelina no experimentaba nada que no fuera amor. Evangelina miraba hacia abajo y se acercaba tanto al borde que un error de tres o cuatro centímetros habría sido fatal.

Recortada en aquella altura sobre el fondo azul del cielo de la tarde, azotado el cabello por la brisa, lo que descubría su frente

aumentando su aspecto de cosa virginal, dilatada la mirada y coronada por los giros de las blancas gaviotas, estaba realmente hermosa.

Pero no miraba al mar. Miraba hacia abajo, hacia la abrupta pared rocosa por donde subían los marineros ágilmente y con la misma facilidad con que el caminante recorre el camino.

De pronto uno de los marineros se detuvo en el pico de una roca y dió un grito al mismo tiempo que abría los brazos.

—¡Evangelina!

Y Evangelina le contestó con otro grito igual.

—¡Gabriel!

Estaba ya cerca el mozo y se podían percibir claramente las formas macizas y elásticas de su cuerpo, los músculos fuertes, el pecho poderoso, y, sobre todo esto, una tez morena y un rostro alegre, unos ojos oscuros y unos dientes blancos, un cabello rizado y un rostro, en fin, de facciones viriles pero hermosas y perfectas.

Llevaba el humilde traje del pescador y en sus manos se advertían

las huellas del trabajo de los remos y del timón, de las cuerdas y de las amarras.

Continuó subiendo ágilmente después de este saludo lleno de juventud y de alegría y pronto estuvo al lado de la joven que había ido a recibirle, mirándola como ella le miraba a él y sonriéndole como ella le sonreía.

Después de aquello no hacía falta hablar. Ya se habían dicho bastante. Una aureola de amor les envolvió en aquella mutua mirada llena de francos anhelos. Eran el uno del otro y nada podría separarles.

Se cogieron de la mano. Echaron a correr como correteaban cuando eran niños, camino del pueblo donde sus respectivos padres les estarían aguardando a buen seguro.

Echaron a correr y no se detuvieron hasta llegar a la iglesia cuyas campanas tendieron sobre el campo y sobre el mar el toque del *Angelus*.

Atardecía. El azul del cielo comenzaba a esfumarse bajo una niebla cenicienta que lo enturbiaba to-

do. Los murmullos del campo habían enmudecido como en un desmayo y el rugido del mar era más imponente. Se hacían más negras las frondas y parecía más compacto el bosque. Todo había caído en un letargo solemne, todo parecía sobrecogido por la emoción del instante, de aquel momento en que el día se sumía en su muerte diaria para volver a nacer con la aurora.

Era la hora sentimental, la hora en que las almas buenas se sienten inclinadas al llanto. Y sobre este ambiente conmovedor, para hacerlo más intenso aún cayó la canción de bronce de las campanas...

Gabriel y Evangelina se habían detenido sin saber por qué, sin convenirlo, sin decirse nada. Estaban cogidos aún de la mano y se la estrecharon sin saber tampoco a qué atribuir aquel movimiento. Y es que todo invitaba a la intimidad y a la exposición de los secretos más hondos. El aire se había dormido y en él reposaba también, aletargada, una franja de humo surgida de alguna chimenea del pueblo.

Se hallaban al pie de la iglesia y

aun les faltaba un buen trecho para llegar a las primeras casas de la aldea. El pequeño templo estaba en una prominencia para que los fieles no lo perdieran nunca de vista y supieran que Dios estaba siempre con ellos.

La obscuridad, durante el éxtasis de los enamorados, se había ido intensificando y llegó un momento en que más que verse, se percibían por el jadeo de sus respiraciones anhelantes y por el temblor involuntario de las manos.

Y ello, lejos de apaciguarles al no poder contemplar su mutua belleza agrandada por su mutuo amor, les hizo estremecerse de una pasión más fuerte y violenta. La penumbra era propicia y al no distraerse con la contemplación mutua, el sentido del tacto se agudizaba y les permitía sentir con más intensidad la corriente de emoción que se había establecido a lo largo de las manos enlazadas. También percibían mejor el perfume de sus alientos y casi podían oír el palpar de sus corazones.

De pronto, el uno fué acercándose al otro y tirando de las ma-

nos del ser querido para atraerlo hacia sí. Percibían el aliento cada vez más cerca y llegó un instante en que percibían también la humedad de los labios. No fueron ya dueños de sí mismos y el uno cayó en brazos del otro. Los brazos más fuertes de Gabriel dominaron a los más débiles de Evangelina y la cabeza más frágil de la joven se dobló a impulsos del beso avaro, loco, delirante del prometido.

Apartó él los labios un poco, pero sólo un poco, lo preciso para hablar, y murmuró:

—¿Me amarás siempre así, Evangelina?

Y con voz desfallecida, ella contestó:

—No sabría amar a otro, mi Gabriel. No comprendo el amor sin ti.

—Es verdad. No comprendemos el amor sin nosotros. Si por un designio del cielo nos separáramos irremisiblemente diríamos que el amor se había separado de nosotros y que por lo tanto no podíamos amar. Nuestro amor ha nacido para amarnos a nosotros. Si nos dejáramos de amar se ex-

tinguiría lo mismo que si perdiéramos el corazón.

—Así es, Gabriel. Lo mismo que si perdiéramos el corazón...

Y un segundo beso voló con el son de las campanas en el ambiente dormido del atardecer...

Después pidióle Gabriel que cantara la dulce canción que cantaba siempre, *su canción*, y ella se sentó al pie de un árbol y estuvo cantando hasta que las sombras de la noche substituyeron a las del crepúsculo.

* * *

El padre de Gabriel era el herrero del pueblo. Se llamaba Basilio y era un hombrón corpulento y voluminoso, recio y barbudo, pero bueno y honrado como el primero.

No había en su fragua hierro que se resistiera a su brazo y a su martillo. Y así como ponía derechos los hierros torcidos, *desfacía entuertos* como el famoso hidalgo castellano sin que nada se atreviera a oponerse a su inquebrantable espíritu de justicia. Nadie en el pueblo se atrevía a cometer la faltilla más ligera en presencia de Basilio el herrero, pues sabía que, además de la rectificación, habría de pasar por la vergüenza del reproche.

Gabriel había heredado todo el vigor de su padre, tanto físico como espiritual, y ahora incluso le aventajaba en estas cualidades a causa de su juventud.

Basilio el herrero tenía un gran amigo, un amigo entrañable, Benedicto Fonteni.

Era Benedicto el colono más rico de la comarca. Tenía abundantes rebaños y extensas tierras. Había llegado ya a los setenta años, pero los llevaba muy bien, pues era sano y fuerte. Sobre sus mejillas morenas y un tanto enjutas, el cabello ponía alburas de nieve.

Vivía Benedicto en una casa construída con vigas de encina y de castaño al pie de una colina

desde donde se dominaba el mar. Un amplio y bien cuidado jardín la rodeaba y de él partían dos caminos: uno que iba a la bravía costa, y otro que se perdía en la pradera.

Pero el mayor bien de Benedicto no eran estas riquezas, sino su hija, la moza más estimada de la comarca. Dicho esto se adivinará que era Evangelina la hija del colono. Sí, era Evangelina, Evangelina que se desenvolvía en la tosca pero hermosa vivienda como una perfecta ama de casa.

Si contento estaba el viejo de verse rico era porque pensaba que algún día todas aquellas riquezas irían a parar a manos de Evangelina, lo cual le aseguraría un bienestar que duraría tanto como su vida. No había padre más apasionado por su hija ni hija que más adorara a su padre. Parecíale al viejo que Evangelina era aún una niña pequeña y como tal la trataba prodigándole toda clase de mimos y sentándosela en las rodillas para contarle leyendas de príncipes y encantamientos.

Evangelina le pagaba con la

misma moneda, pero cuando se requería la intervención del ama de casa, dejaba de ser niña y se convertía en la mujer que dirigía el trabajo de los labradores y las tareas de apacentar el rebaño, ocupándose ella misma de llevarles comida y cerveza, y sin descuidar por ello el gobierno de la casa.

Todos la querían como a un ángel tutelar y cuando en verano, en los días de fuerte sol, la veían aparecer en el camino con una buena provisión de cerveza, desbordábase el entusiasmo traduciéndose en jubilosos vítores.

Basilio el herrero iba frecuentemente a visitar al colono, especialmente en las noches invernales en que sentados cerca del hogar, jugaban a las damas y cargaban continuamente sus pipas olorosas.

Ambos sabían que sus hijos se amaban, ambos sabían que iban a perderlos, pero se consolaban diciéndose que irían a visitarlos con frecuencia y que continuarían jugando cerca de ellos aquellas animadas partidas en que se divertían como cuando eran niños y se

iban por el bosque a hacer travesuras.

En estas visitas de Basilio el herrero, Gabriel acompañaba siempre a su padre y Evangelina esperaba impaciente con el suyo, y mientras los viejos se deleitaban con sus juegos, ellos se arrullaban y se juraban su amor por millonésima vez en el rincón más recogido de la estancia.

También ellos, los novios, recordaban épocas pasadas, épocas felices en que, al salir del colegio, se cogían de la mano y se iban juntos a trepar a los árboles para apo-

derarse de sus jugosos frutos. Otras veces iban directamente a casa de Evangelina a echar el pienso al ganado, cosa que les divertía sobremanera, y otras a casa del herrero para verle trabajar en la fragua, lo cual les causaba profunda admiración al ver con la facilidad con que las barras de hierro más gruesas se encendían y cedían a la voluntad del forzado Basilio.

Acaso entonces se amaban ya Evangelina y Gabriel con un amor incomprensido y confuso que era como la semilla de las flores de amor que ahora se habían abierto.

* * *

Pero ¿y Bautista?, os preguntaréis. ¿Quién era Bautista, el joven que amaba con tan infortunado amor a Evangelina?

Bautista era hijo del notario Raimundo Blanqui, un viejecillo apergaminado, pero de corazón tan joven, que no había fiesta en

que no se le encontrara y que más de una vez llevaba su buen humor a mezclarse con los jóvenes durante los bailes.

Bautista estaba destinado a substituir a su padre cuando éste decidiera entregarse al bien ganando reposo y ahora le prestaba gran

ayuda en sus trabajos, pues tenía muchos estudios y era muy inteligente.

Como además era bueno y comprensivo, no profesaba rencor ninguno a su afortunado rival Gabriel y si le envidiaba por su suerte, lo hacía de un modo que Evangelina debía agradecerlo como una alabanza.

Mucho lo había pensado antes

de pedir aquello que sospechaba se le había de negar, pero se decidió a hacerlo porque quería obtener la plena convicción de su infortunio antes de decidir afrontar el sacrificio de mirar a Evangelina con el respeto con que se mira a la esposa ajena.

Ahora, dado ya aquel paso, se había prometido, y lo cumpliría, hacer de su amor un secreto impenetrable.

* * *

El viejo notario tenía un amigo, mejor dicho, un protegido que se llamaba Miguel y no tenía más mérito que el saber tocar el violín y soportar sin conmovirse varios litros de cerveza.

Tenía un defecto, el de que no le gustaba trabajar, pero él decía que tocar el violín era un trabajo como otro cualquiera, si bien menos fatigoso como todas las tareas espirituales y delicadas.

Cuando Miguel no tenía a quien

recurrir para obtener la comida que no había podido ganarse, recurría al viejo notario y formulaba la petición mediante un concierto de violín desde la puerta.

Cuando el notario oía la música, se apresuraba a dejar los papeles e iba al encuentro de Miguel para pedirle que dejara a Beethoven y tocara uno de aquellos bailes que tanto éxito tenían entre la gente moza del pueblo.

La música más ligera y alegre

de las danzas convencían al funcionario público de que la vida era insuperablemente hermosa y le decidían a darle al bohemio comida y cerveza en abundancia.

Miguel no se separaba jamás de su violín. Le amaba como si fuera, no un objeto, sino un hijo y le habría gustado que comiera y bebiera para compartir con él los manjares y la cerveza con que el notario le obsequiaba. Pero como no lo podía hacer, tenía que conformarse con acariciarlo y cubrirle de besos las clavijas.

Aun había en el pueblo otro personaje de gran importancia en la vida de aquel rincón de la selva. Era éste el padre Feliciano, el sacerdote al que Evangelina pidiera con tanta prisa la bendición cuando iba a recibir la barca de Gabriel.

El padre Feliciano, era, además de párroco, maestro de escuela y él era el encargado de dirigir el colegio de la aldea, aquel colegio al que algunos años atrás asistieron Evangelina y Gabriel y también Bautista, el hijo del notario.

No se podía medir el caudal de

ternura y de bondad que había en el alma de aquel ministro de Dios.

Todos le amaban como si fueran hijos suyos. Los niños le asaltaban en medio de la calle y él cogía en brazos al más pequeño y, rodeado de los demás, paseaba triunfalmente por en medio del pueblo.

Las personas mayores le saludaban cariñosamente y le llamaban con frecuencia para hacerle preguntas sobre cosas del alma, acatando siempre su fallo como si proviniera del mismo Dios.

—Paz, paz—aconsejaba invariablemente.

Y cuando—lo que sucedía muy raramente—ésta estaba en peligro a causa de alguna pequeña diferencia, se apresuraba a intervenir y no cejaba hasta haber conseguido que las dos partes se dieran la razón mutuamente y un abrazo.

—Paz, siempre paz...

Pero, ¿podía pedirse acaso más paz y más felicidad y más cordura y más honradez a un pueblo que, en medio de todo, estaba formado por seres humanos?

III

Una noche, en tanto esperaban a Basilio y a Gabriel, Evangelina y también su padre se mostraban más intranquilos que de costumbre.

Evangelina no cesaba de mirar desde la puerta para ver si columbraba en el lejano comienzo del camino que serpeaba hasta la falda de la colina, a los esperados visitantes.

Era la noche feliz en que se formalizaría legalmente el pacto matrimonial.

Ya estaba avisado el notario, el cual había prometido pasar la velada en compañía de los futuros contrayentes y de sus padres.

Por fin Evangelina vislumbró la figura inconfundible de Gabriel

y del herrero y así lo comunicó a su padre llena de emoción y de felicidad.

—¡Ya llegan, padre; ya llegan!

Y al viejo le pareció que decía:

—¡Ya me voy, padre, ya me voy!

Se abrió la puerta y apareció la voluminosa figura del herrero vestido con su mejor traje. También entró en la casa Gabriel con sus mejores galas y esta vez el saludo fué más emocionante que de costumbre, pues los dos viejos se echaron el uno en brazos del otro. También entre los jóvenes hubo un saludo revestido de cierta solemnidad y si no se abrazaron como los viejos fué por respeto a

ellos y porque sabían que tiempo les sobraría para abrazarse cuando estuvieran solos.

Había preparado Evangelina cerveza fuerte en abundancia y se apresuró a cumplimentar a su futuro suegro con una de las jarras de más cabida. Después le cargó la pipa y se la encendió y lo mismo hizo con su padre.

Raimundo Blanqui, el notario, llegó con su cartera y sentándose en la mesa de escritorio que había cerca de la de comedor, extrajo un pliego de papel blanco, que dió a leer a los presentes.

De las manos del padre de Evangelina pasó a las del herrero y de éstas a las de Gabriel y de las de Gabriel a las de Evangelina, todos los cuales fueron firmando después de leer el contrato que decía así:

Contrato de matrimonio

Por la presente queda acordado que Evangelina Fonteni y Gabriel Koreski deben ser unidos por los lazos sagrados del matrimonio y que Benedicto Fonteni dará en

dote a su hija: 1.000 fanegas de tierra, 1.500 carneros, 500 vacas, 100 cerdos, 15 caballos, 7 carros, 3 cofres llenos de ropa fina, encajes y bordados y dos cofrecillos llenos de monedas de plata y oro.

Este contrato ha sido extendido el quinto día de junio de mil setecientos cincuenta y cinco.

Cuando todos hubieron firmado, Evangelina volvió a llenar las jarras de cerveza y dió una al notario.

También ella y Gabriel bebieron ahora.

—Por la felicidad de Evangelina y Gabriel—dijo el notario.

Nadie le contestó, pero el silencio de todos era muy elocuente.

La emoción ahogaba a los viejos. ¿Qué no sería a los jóvenes?

—Por nuestro amor—dijo Gabriel en voz baja y de modo que sólo le oyera Evangelina.

—Por nuestro amor—repuso la muchacha.

Y bebieron.

La dorada cerveza manchó aquellos labios que de buena gana

se habrían unido en aquel trascendental momento.

Después de formalizadas las cosas los viejos se enredaron en su cotidiana partida fiscalizados por el notario, y los jóvenes se retiraron a un rincón para hablar de aquello que tantas veces habían hablado.

Esta noche, ya firmado el pacto

matrimonial, tuvieron más libertad que las pasadas. La confianza en ellos mismos era la misma, pero el hecho de haber firmado les daba atribuciones de que las noches anteriores carecieron.

Ya comenzaban a dormirse los viejos y aun dialogaban ellos con el mismo entusiasmo que al principio.

* * *

¿Podría haber un amor más fuerte y más profundo y más sincero que el de Evangelina y Gabriel?

Todos los enamorados se creen que su amor es superior al de los demás y lo mismo podía suceder a Gabriel y a Evangelina. Pero no era así. Ellos estaban ciertos de que su amor era un amor excepcional y lo era. Ellos no concebían el amor como no fuera dedicado a ellos mismos. Ellos sabían lo que era amor porque se conocían. Si por uno de esos azares de la vida

aquella proximidad terminara, si la muerte se interpusiera entre ambos, para ellos habría concluido el amor. No lo comprenderían, no podrían sentirlo.

Amores como aquel ha habido en la vida. Se ha hablado de un famoso Romeo, se cuenta entre nosotros una historia de abnegación emocionante. Dos enamorados se separan por azares de la vida y ella se ve precisada a casarse con otro. La noche de la boda el elegido de su corazón salta por una ventana donde la despo-

sada llora de angustia y le pide un beso. Ella no accede. Se ha comprometido a ser fiel a su futuro esposo. El novio recibe tal impresión al negársele aquello que para él es más que la vida, que muere en el acto. Al día siguiente, cuando le van a dar sepultura, la novia, loca de dolor, se abalanza sobre él y le da el beso que la noche anterior le había negado. Y su emoción es tal, que muere también repentinamente. Esto es lo que se cuenta de los amantes de Teruel.

El amor de Evangelina y de Gabriel no tenía nada que envidiar a estos amores. Ninguno de los dos habría vacilado un momento en sacrificar la vida por el ser amado. Se amaban ciegamente, pero no locamente. Su amor era firme, hondo, sincero, sensato. Al decir que sacrificarían la vida el uno por el otro no nos referimos a un arrebató sino a un sacrificio consciente y lleno de convicción.

Al día siguiente se encontraron en el campo de buena mañana. Es-

te encuentro no podía extrañar en aquellos dos seres que se buscaban siempre y que estaban constantemente unidos por el pensamiento.

Era que anhelaban darse el beso que la noche anterior no se pudieron dar.

Se encontraron en las márgenes de un arroyo que fluía con rumores de oro o de cristal. Desde allí se columbraba el mar inmenso y bravío, con la espuma de sus olas, con el vigor de sus embates contra las rocas.

No esperaron a saludarse. Se abrazaron en seguida y se sorbieron el alma en un beso que parecía el principio de algo eterno e inmortal.

Cuando al fin, jadeantes de emoción se separaron, Evangelina preguntó en un desfallecimiento:

—¿Me querrás siempre, Gabriel?

Y Gabriel respondió:

—Te querré siempre como tú me quieres y me querrás a mí.



IV

Pero no hay felicidad que cien años dure.

Acadia, por muy dichosa que fuera y por muchas condiciones de dicha que tuviere, dependía de una nación, Nortania, donde las pasiones triunfaban como en la generalidad de las sociedades.

Sin embargo, Acadia estaba dentro de los límites de otra nación, Lerobia, y si bien para la primera eran todos sus acatamientos, para la segunda era todo su respeto y toda su consideración.

Estaba Acadia en la frontera de las dos naciones, pero la frontera, en aquel punto formaba un ángulo que se introducía en Lerobia.

Nortania y Lerobia tenían por

esta causa constantes roces que una y otra vez se habían solucionado milagrosamente. Pero he aquí que un día el fuego de la discordia se convirtió en un verdadero incendio. Faltó el diplomático de buen corazón que quisiera poner al peligro una barrera y un día apareció el siguiente bando por las calles de Acadia:

Proclama

A todos los habitantes de Acadia:

Se les ordena prestar un nuevo juramento de fidelidad a Su Majestad Juan II comprometiendo sus vidas y sus fortunas a la causa de Nortania en guerra contra Lerobia.

Los comisarios de Su Majestad estarán en Nortania el décimo día de junio para asegurarse de la ejecución de esta orden.

G. Laurence
Gobernador General

El bando era bien significativo y claro.

Nortania, la nación a que Acadia pertenecía, había roto las hostilidades con Lerobia y les obligaban a guerrear contra el pueblo que ellos amaban y respetaban por razones de proximidad.

Se les obligaba a levantarse en armas contra una nación en cuyo suelo estaba la aldea de sus amores. Les obligaban a faltar a su generosidad y a su honradez manchándose las manos de sangre.

Basilio el herrero, hombre justo entre los justos, fué el primero en protestar cuando todo el pueblo, trémulo de emoción, leyó el enérgico bando.

—Esto es una ofensa a nuestros derechos de honradez y de paz. Nosotros no tenemos ningún motivo de rencor contra nuestros vecinos. Antes bien, sólo tenemos que

agradecerles actos de cortesía y de fraternidad. ¿Ha de ser un hombre fratricida porque así lo quiera la ambición de unos gobernantes desalmados?

No tuvo Basilio que esforzarse mucho para convencer a aquellas gentes. En el ánimo de todos reinaba un mismo deseo de paz y todos se rebelaban contra aquella orden que les exigía el sacrificio de su integridad y de sus buenos sentimientos.

El viejo notario halló la línea de conducta que debían seguir.

—Debemos elevar una protesta al gobernador para que él la transmita al gobierno.

—¡Sí, sí!—gritaron varias voces.

Pero el padre Feliciano, que estaba presente y que como siempre buscaba la fórmula de paz y de armonía, rectificó:

—Una protesta, no: una súplica.

Y así quedó convenido.

No se habló de otra cosa en el pueblo en todo el día.

El abrazo de aquella tarde y el juramento de amor entre Gabriel

y Evangelina estuvo empañado por un temor; por una zozobra a la que dió expresión Evangelina con estas palabras:

—Eso podía significar nuestra separación, tu muerte; y este pensamiento me horroriza.

—No temas a la muerte, Evangelina. Ello constituye una falta de fe en Dios.

—No temo a la muerte, Gabriel; temo a que muera uno y el otro quede. ¿Qué sería de mí sin ti y de ti sin mí?

Y el beso de aquella tarde fué más largo que el de los días anteriores. Había en los dos como un miedo de perderse, como un temor de que fuera aquel el último beso.

* * *

Basilio el herrero, Raimundo, el notario, y el padre Feliciano se pusieron en camino hacia la ciudad cercana, donde el gobernador tenía su residencia.

Este se hallaba reunido con los jefes militares cuando le dijeron que había llegado de Acadia una comisión que deseaba hablarle.

—Acadia es mi mayor preocupación—dijo el gobernador a uno de los generales con que departía. —Les voy a hacer pasar ahora mismo.

Como todos estaban conformes en la trascendencia que tenía para

ellos la actitud del pueblo fronterizo, suspendieron el consejo y el gobernador dió orden de que pasaran los acadianos.

—Señor—comenzó a decir el viejo notario—venimos a hacer una súplica a vuestra excelencia en nombre de los habitantes de Acadia. Somos un pueblo tranquilo ligado a Nortania por juramentos de fidelidad y a Lerobia por lazos de sangre, ya que nuestra aldea está dentro del territorio de la nación contra la que vais a alzaros.

—Sois súbditos de Nortania—

repuso el gobernador áasperamente —y eso debía bastaros para que empuñarais las armas por iniciativa propia.

—Nosotros no podemos mancharnos las manos por el deseo o por el capricho de otros—exclamó Basilio el justiciero.

Y aun iba el notario a empeorar la situación, cuando intervino el padre Feliciano.

—Comprended, excelencia. Ha de sernos muy doloroso derramar la sangre de quienes la han unido a la nuestra.

Pero el gobernador no necesitaba oír más para comprender la situación claramente.

—Ya pensaré en vuestra demanda—dijo con un tono del que se deducía que ya había tomado alguna cruel resolución.

El padre Feliciano abatió la cabeza y elevó a Dios una súplica con el alma.

—Que Dios os guíe en todo momento, excelencia.

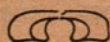
El notario cogió su sombrero e hizo una reverencia fríamente cortés.

En cuanto a Basilio el herrero, se apoderó del sombrero de un zarpazo, miró fijamente al gobernador en tanto sus compañeros se dirigían a la puerta y le dijo con tono firme:

—Nosotros no combatiremos contra Lerobia. Sabedlo de una vez.

Y evitó la hipocresía de un saludo.

Volvieron los tres a Acadia con el corazón abrumado de pesar y presa el pensamiento de hondas preocupaciones.



V

El gobernador llamó secretamente al coronel Welber, uno de los soldados más inteligentes y duchos en las artes de la guerra que tenía Nortania, y dialogó con él en voz baja.

Ante las graves órdenes recibidas, el coronel se atrevió a decir:

—Creo, excelencia, que obráis con excesiva precipitación. Los acadienses merecen que se les atienda. Acaso fuera mejor estudiar sus demandas detenidamente.

—No tengo que estudiar nada. Acadia ha de combatir por su patria o será castigada sin miramientos.

—Advertid...

—Basta. Ejecutad mis órdenes sin discutirlos.

El coronel se cuadró y saludó. Salió del despacho del gobernador general y procedió inmediatamente a formar la compañía que había de conducir a Acadia para ejecutar las órdenes del gobernador.

* * *

Todo el pueblo de Acadia, unido como una sola familia, celebraba al aire libre los esponsales de Evangelina y Gabriel.

Era como una especie de fiesta en que los dos se despedían de su vida de soltero.

Una larguísima mesa instalada

en medio de la plaza aparecía rodeada de todos los acadienses. Cada uno de ellos tenía una jarra de cerveza en la mano y la mesa estaba preparada para un succulento banquete.

Se oían continuos vítores y se brindaba con frecuencia por la felicidad del futuro matrimonio.

Allí estaba Bautista, el infortunado cortejador de Evangelina, también con su jarra en la mano y deseando fervientemente que fuera muy feliz aquella a quien todavía amaba, aunque en secreto.

El fué uno de los que primero gritó:

—¡Por la felicidad de Evangelina y Gabriel!

Y Evangelina le envió una sonrisa de amistad y de gratitud que hizo sangrar de amarga dicha el corazón del fracasado.

Se cantó la canción de Acadia y después cantó Evangelina sola, con su dulcísima voz y con aquel sentimiento que habían hecho famosas sus canciones en la comarca.

Finalmente se pensó en organizar un baile y entonces todas las muchachas acordaron recurrir a

Miguel el violinista, el cual rondaba a la cerveza poniendo los ojos en blanco.

—Si le damos cerveza tocará hasta que se le caigan las manos— sugirió una.

Y todas debieron creer en que así sucedería, pues cada una cogió una jarra y se fué hacia Miguel.

Le rodearon y probaron delante de él la cerveza, haciendo aspavientos y lamiéndose los labios en un gesto que quería decir claramente:

—¡Qué rica está!

A Miguel comenzaron los ojos a darle vueltas dentro de las órbitas y cuando las pupilas llegaban a lo más alto ocultándose casi en el párpado superior se detenían allí un momento como si un embargador placer le inundara.

—Si tocas, todo esto será para ti—dijo una de las muchachas.

Miguel paseó la vista de una jarra a otra.

—¿Todo?—preguntó sin poder creer en felicidad tan abundante.

—Todo.

Miguel tragó saliva. Estuvo un momento sin poder moverse ni ha-

blar a causa de la impresión y, al fin, recuperando sus facultades, volviendo en sí en aquella especie de marasmo, comenzó a tocar frenéticamente.

De pronto le asaltó una duda espantosa. ¿No pretenderían engañarle? Dejó de tocar y alargó la mano temerosamente hacia una de las jarras. Se la dejaron tomar, le permitieron llevársela a los labios y beber hasta apurarla. Algo pasó entonces por el alma de Miguel que le convirtió en otro hombre distinto. Sus facciones se rejuvenecieron, le brillaron los ojos, se irguió todo él. Una energía misteriosa le había poseído. Era como si hubieran renovado su sangre.

Loco de alegría, besó apasionadamente a su violín y continuó tocando. Ya no cesaría de tocar hasta que se lo pidieran. En el banco en que estaba sentado habían depositado varias jarras las muchachas y en cuanto necesitara reponer las fuerzas le bastaría alargar el brazo.

Comenzó la danza. Las amplias faldas de las danzadoras se levan-

taban graciosamente descubriendo tobillos prometedores de superiores maravillas. Ellos en una fila, ellas en otra, avanzaban al compás de la música y, al encontrarse, formaban parejas enlazándose por las manos.

Eran las danzas típicas del país y todos estaban muy prácticos en su ejecución. De aquí que sus pasos resonaran con perfecto acuerdo y como si fuera uno sólo el que bailase.

Junto a la mesa, Basilio el herrero, Benedicto el colono y el padre Feliciano, eran espectadores de aquellas escenas de juventud, de alegría y de amor y de vez en cuando un negro pensamiento venía a turbar su bienestar y su alegría.

El notario se había aventurado a competir en agilidad con los jóvenes y jadeaba danzando con ellos, entre las bromas de las muchachas que se habían puesto de acuerdo para zarandearle y fatigarle.

De pronto, a los pasos de la danza se mezclaron otros ruidos semejantes. Otros pies que no bai-

laban, sino andaban con paso uniforme, hirieron el suelo. El lejano fragor fué acercándose paulatinamente y llegó a los oídos de los jóvenes bailarines, los cuales dejaron de danzar para mirar intrigados en la dirección en que llegaban los inusitados ruidos.

La alegría se convirtió en terror al ver aparecer a la compañía del coronel Welber.

Todos comprendieron a lo que iban allí aquellos soldados. En aquellos momentos de felicidad se habían olvidado de las ingratas órdenes de Nortania y del conflicto que se derivaba de ellas y he aquí que los enviados del gobernador venían ahora a recordarles que su felicidad estaba en peligro.

Las muchachas empalidecieron y callaron. Los jóvenes dirigieron a los recién llegados una elocuente mirada de reto y de rebeldía. Basilio trató de adelantarse a lo que el coronel iba a decir, pero el padre Feliciano le detuvo.

—¡Prudencia, Basilio! No adelantaremos nada comportándonos de otro modo.

El coronel se había detenido en

un pequeño montículo desde donde se dominaba todo el escenario de la fiesta.

—Acadianos — gritó imperativamente—. Las mujeres pueden retirarse a sus hogares; los hombres deben reunirse en la iglesia del pueblo donde recibirán la respuesta de su excelencia el Gobernador General.

Surgieron algunas protestas en tanto Evangelina buscaba ansiosamente a Gabriel y se abrazaba a él con desesperación.

—No temas, Evangelina—dijo para tranquilizarla—. La razón y la justicia están de nuestra parte y es seguro que el coronel viene a darnos una buena noticia en nombre del gobernador.

Surgieron varias voces de protestas y entre ellas la de Basilio el herrero. ¿Para qué querían reunirlos en la iglesia? ¿No podían darles allí la contestación? Temían una emboscada.

Pero el padre Feliciano estaba siempre alerta para salvar las situaciones difíciles.

—Vamos a la iglesia—manifes-

tó—. En la casa de Dios nada tenemos que temer.

Y allá fueron todos siguiendo al padre Feliciano.

Una vez estuvieron reunidos en el templo todos los hombres de Acadia, el coronel Welber subió a la plataforma del altar y desde allí declaró en voz bien alta para que todos le oyeran y hablando pausadamente para que le comprendieran:

—Ante todo quiero haceros saber que yo no hago sino cumplir una orden superior y que en este asunto me lavo las manos. Si de mí dependiera me conduciría de otro modo, pero yo no soy sino un subordinado, un instrumento que la superioridad maneja a su capricho.

Se detuvo un momento como si no se atreviera a decir lo que no tenía más remedio que manifestar y añadió:

—La respuesta del Gobernador General es la siguiente.

Extrajo un rollo de papel de la guerrera y leyó:

Todos los habitantes de Acadia

serán deportados por haber rehusado tomar las armas contra Le-robía.

Hubo un segundo de silencio en que todos consideraron la magnitud del castigo y de pronto dijo una voz:

—¡Eso es una infamia!

Como si estas palabras hubieran sido un resorte todos los concurrentes se levantaron de sus asientos y unieron en una sola voz sus protestas. Todos habían sido dominados por idéntica exasperación al conocer la orden cruel y brutal, todos estaban poseídos como de una ráfaga de locura.

Únicamente Miguel el violinista, que al ver el nublado que se le venía encima se había apoderado de una de las aves asadas que estaban sobre la mesa en que había de servirse el banquete, daba fuertes mordiscos a la pechuga por si era aquella la última vez que comía carne asada y para tomar fuerzas que le permitieran unirse a las voces generales de protesta. Estaba seguro de que cuando se comiera toda la pechuga y los dos muslos tendría valor

incluso para desafiar al coronel.

Basilio el herrero acabó de perder la paciencia y seguro de que nada había de lograr dirigiéndose al coronel, animó a los acadienses a levantarse contra aquella orden absurda que les llevaría muy lejos de su querida Acadia sólo por no haber querido compartir el delito con otros seres egoístas, sólo por haber deseado salvar a sus nobles almas del crimen.

—¡Sí, defendámonos! ¡No consentamos este ultraje!

—¡Es preferible la muerte!

—¡Guerra al tirano!

Jamás se habían oído gritos parecidos en Acadia y mucho menos en aquella santa casa en que todo debía ser respeto y veneración.

Pero los acadienses estaban ciegos de ira. Su generosidad había naufragado en la indignación.

Únicamente el padre Feliciano conservó la serenidad y cuando ya el coronel había dado órdenes energéticas a las tropas que rodeaban el santo recinto para reducir a los rebeldes, él subió al púlpito y dijo desde allí con aquel gesto piadoso y con aquel dulce tono que

acompañaba a todas sus palabras:

—Perdónalos, Señor que no saben lo que hacen.

Pero el bullicio aumentaba y el sacerdote hubo de hablarles con más energía y más directamente.

—¡Desdichados! — exclamó—. ¡Estáis profanando la casa de Dios!

Todos se volvieron y al ver al padre Feliciano con los brazos abiertos en un ademán de desconsuelo y los ojos fijos en ellos con expresión de censura, volvieron en sí y enmudecieron instantáneamente.

—En esta hora en que los equivocados nos atacan, repitamos nuestro ruego al Señor.

El fué el primero en arrodillarse para orar y todos le imitaron.

El coronel, profundamente conmovido por aquel cuadro lleno de fe y de nobleza de alma, dió orden de cerrar las puertas del templo y de que no se dejara salir a nadie sin su permiso.

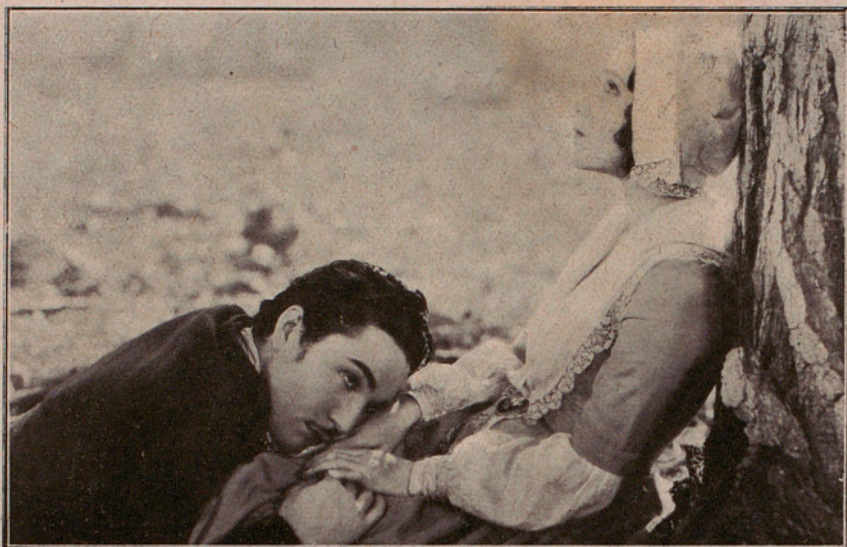
El se lavaba las manos. El era un instrumento de la superioridad. El castigo de Dios cayera sobre ella.



Bautista llegó hasta ella...



—No puedo seguir callando...
Te amo...



..se sentó al pie de un árbol y estuvo cantando...



...la moza más estimada de la comarca...



Evangelina le pagaba con la misma moneda.



Los niños le asaltaban en medio de la calle.



...celebraban al aire libre los esponsales de Evangelina y Gabriel.



Comenzó la danza.



...formaban parejas enlazándose por las manos.



Jamás se habían oído gritos semejantes en Acadia.



—¿Verdad que me amarás siempre,
Gabriel?



Enloquecida, tambaleándose, volvió sobre sus pasos.



Evangelina llamó y llamó a su padre en vano.



—¡Son nuestros hermanos



Utilizaron la misma barca que les había llevado hasta allí.



Evangeline abrazó al que debió ser su suegro.

VI

Estaba Evangelina a la puerta de la granja mirando con ansia a lo largo del camino cuando vió aparecer a Gabriel, el cual se dirigía a ella corriendo.

Su rostro estaba demudado como el de Evangelina y la muchacha comprendió que algo grave iba a decirle.

—Tu padre está prisionero en la iglesia. Todos estamos prisioneros y no saldremos de allí hasta que lleguen los barcos que nos han de conducir al destierro. Yo he salido con unos cuantos para comunicar la nueva a las familias. Has de hacer tu equipaje. Todos han de hacerlo. Se nos llevarán muy lejos de aquí. Nos dispersa-

rán por la costa entre Boston y Nueva Orleans. Acaso nos separen...

Había en su voz una amargura tan honda y desgarrada, que Evangelina disimuló su dolor para animarle.

—Dios nos ayudará. Verás como nos dejan juntos en un rincón tan bello como éste.

—No, Evangelina. Es inútil que tratemos de disimular nuestro horror. Perderemos tierras, ganados, barcas... ¡todo! ¡Quién sabe si nos dejarán partir juntos! Tienen interés en dispersarnos para que perdamos la fuerza. Yo he de volver a la iglesia al lado de tu pa-

dre y del mío. ¡Quién sabe si cuando nos saquen a nosotros ya se te habrán llevado a ti! ¡Es espantoso, espantoso!

Se debatía angustiosamente. Todo su valor había sucumbido ante la idea de perder a su Evangelina.

Ella tembló contagiada de aquel dolor profundo, se acercó al pecho viril que la protegía y en tanto su rostro empalidecía intensamente, dijo con voz que parecía venir de muy lejos:

—¿Verdad que tú me amarás siempre, Gabriel?

—¡Siempre, siempre!...

—¿Verdad que me amarás suceda lo que suceda?

—Suceda lo que suceda.

—¿Verdad que me amarás aun que la crueldad de los hombres nos separe?

—Te amaré siempre y por encima de todo Evangelina.

Y se volvió para señalar el arroyo que se deslizaba por la colina.

—Jamás dejó de correr aquel agua y correrá mientras vivamos.

Pues bien, en tanto aquel agua seguía corriendo, yo te amaré como ahora te amo. Que Dios me confunda si falto a esta promesa.

—Así te amaré yo, Gabriel. Ausente o presente, no te dejaré de amar nunca y mi único deseo será siempre el de ir hacia ti.

—Nuestro matrimonio no ha llegado a celebrarse, pero nuestras almas están ya unidas por el compromiso.

—Y por el amor, Gabriel.

—Verdad, Evangelina: por el amor... por un amor que nada ni nadie podrá apagar.

—Jurémonos amor eterno y vuelve a la iglesia al lado de nuestros padres.

Y uno y otro dijeron, en tanto se abrazaban y acercaban los labios de modo que las palabras pasaban de una boca a otra confundidas con el aliento:

—Juro amarte mientras viva y aun después si Dios lo permite.

—Juro amarte mientras quede un átomo de vida en mi corazón y un vestigio de luz en mi pensamiento.

Se besaron en un beso infinito

que hizo más fuerte el lazo que ya unía a sus almas y Gabriel volvió a la iglesia y Evangelina comenzó a preparar el equipaje.

* * *

Transcurrieron rápidamente algunos días y llegó el fatídico del embarque. Desde buena mañana estuvieron llegando a la playa mujeres y niños con fardos que contenían su equipaje. Algunos, los más pudientes, transportaban sus cosas en un carro.

Era una mañana brumosa y fría. Entre la niebla se destacaban como fantasmas los barcos que habían de llevar muy lejos a los acadienses. Se veían también las barcas que se acercaban a la costa para transportar a las naves los equipajes.

Estas operaciones comenzaron a hacerse sin orden ni concierto. Era inútil que se dirigieran súplicas a los soldados. No había tiempo que perder. Se iría amontonando todo en las bodegas y ya se vería al desembarcar cómo se daba

a cada cual su equipaje. Lo más probable era que no le dieran ninguno, porque la tarea era muy complicada y habían de realizarla en poco tiempo.

En la playa se amontonaban los fardos y los baúles. Alguno trataba de llevarse algún mueble de valor, pero los soldados les advirtieron que aquello no se podía cargar y, para evitar discusiones y nuevas demandas, lo arrojaban despreciaivamente a un lado donde las cosas inútiles formaban ya montón.

Los niños sujetaban con fuerza sus juguetes más preciados y alguno incluso se los escondía entre las ropas por temor a que los soldados se los quitaran para arrojarlo al montón de cosas desechadas.

Al mismo tiempo que los equipajes embarcaban a algunas mujeres, a las que estaban más cerca,

sin atender sus súplicas cuando decían que su marido o su padre iba a llegar entre los prisioneros.

Evangelina estaba allí desde primera hora. No había visto a su padre ni a Gabriel desde que los encerraron en la iglesia y los días de prueba habían sido para ella tan amargos que los sufrimientos habían puesto huellas de palidez en su rostro y sus ojos aparecían mucho más negros circundados por las profundas y sombrías ojeras.

Comprendió en seguida que si se acercaba al mar los soldados la embarcarían como a un fardo, pues así lo estaban haciendo con otras mujeres y se separó del grupo para ocultarse entre los árboles del camino y poder esperar así a Gabriel y a su padre.

Allí estuvo algunas horas oyendo los gritos de angustiosa protesta que llegaban desde la playa y las voces imperativas de los soldados, los cuales no cesaban de ir y venir con las barcas entre las naves y la playa.

De pronto vió aparecer en un recodo del camino a su padre y al sacerdote.

Su sorpresa fué muy grande y su alegría mayor aun, pero no se atrevió a correr al encuentro de ellos por temor a que la vieran los soldados desde la playa donde las mujeres comenzaban a escasear.

Conforme su padre se iba acercando, se daba cuenta Evangelina de que también en él habían hecho mella los tormentos de aquellos días. Estaba mucho más viejo, como si hubieran pasado años desde que lo encerraron en la iglesia. Sus hombros se doblaban cansinamente y sus piernas se arrastraban al andar.

Le llamó con un grito de contenida alegría y de contenida angustia.

—¡Padre!

Él tembló de pies a cabeza y corrió a ella para abrazarla. Lloraba de emoción y la miraba de hito en hito como si no diera crédito a sus ojos.

—¿Y Gabriel, padre?—preguntó Evangelina.

—Está en la iglesia con todos —repuso el padre Feliciano—. Si han dejado salir a tu padre ha sido porque deseaba reunirse contigo y

yo he logrado del coronel que tuviera con nosotros esta pequeña distinción.

Benedicto no decía nada. Apenas tenía fuerzas para hablar y además le ahogaba la emoción.

—Hemos de cuidar de que no nos vean—dijo Evangelina—. No quiero que nos embarquen hasta que hayamos visto a Gabriel.

—Vamos a la playa—recomendó el cura—. Vendrán en seguida todos los prisioneros.

Se fueron a la playa, pero procuraron instalarse donde los soldados no les vieran por hallarse detrás de una densa barrera de gente.

Como ya estaba al lado de su padre, la única preocupación de Evangelina era ahora encontrar a Gabriel y sólo en él pensaba, sin advertir que su padre necesitaba de sus cuidados.

El padre Feliciano la substituía comprendiendo aquella ceguedad juvenil y Evangelina escudriñaba el camino cada vez más anhelantemente.

De pronto vió aparecer a los

prisioneros y lanzó un grito de alegría.

Venían todos juntos formando dos largas filas y a un lado y a otro iban dos hileras de soldados.

Había comenzado a oscurecer y a la niebla se sumaba el vaho del crepúsculo haciéndolo todo casi imperceptible.

La noche amenazaba ser intensamente fría, acaso la más fría del invierno y ello hacía mella en el cuerpo fatigado de Benedicto, el cual parecía cada vez más ausente de las cosas de este mundo.

Evangelina no sentía el frío. Sólo tenía cuerpo y alma para una cosa. Para anhelar reunirse con Gabriel.

Venía la larga y doble fila. En ella figuraba el violinista Miguel, el cual se mostraba muy apesadumbrado porque comprendía que en adelante le sería difícil ganarse la vida con su violín.

¡Como no le tocara melodías al Atlántico!

Absorto en estas amargas reflexiones iba, cuando un soldado, considerando sin duda que andaba muy despacio, le dió un tremendo

empujón a consecuencia del cual se le cayó el violín de debajo del brazo.

Trató de volverse para recogerlo, pero el soldado le volvió a empujar.

—¡Es mi violín... es mi violín! ¡Déjeme que lo coja! ¡Si lo pierdo lo habré perdido todo!

Pero el soldado le volvió a empujar y esta vez tan fuerte que Miguel rodó por el suelo.

Al mismo tiempo, el soldado que iba detrás de ellos puso el pie sobre el violín y lo hizo trizas. El pobre Miguel, al ver esto cuando ya iba a levantarse, volvió a dejarse caer en el suelo y rompió a llorar como un niño.

—¡Lo he perdido... lo he perdido! ¡No tenía otra cosa en el mundo!

El soldado le dió con el pie para que se levantara y en vista de que no lo hacía, lo levantó de un zarpazo y a golpes y empujones le obligó a volver a la fila.

Cuando pasaron los prisioneros por donde Evangelina estaba sentada con su padre y el sacerdote, la joven escudriñó inútilmente la

fila. Tan azorada estaba que no había visto a Gabriel ni éste la había visto a ella a pesar de que el prisionero desfiló por su lado.

—¡No está Gabriel, no está Gabriel!—casi sollozó.

Pero ya estaba la fila algo lejos cuando Gabriel consiguió vislumbrarla y gritó:

—¡Evangelina!

Ella miró inmediatamente hacia el punto de donde había surgido aquella voz inconfundible.

—¡Gabriel!

Él trató de correr hacia ella, pero el soldado más próximo le sujetó. Logró desasirse de él fácilmente, pero en seguida acudieron otros soldados y entre todos le sujetaron fuertemente y le arrastraron hacia el mar donde las barcas esperaban a los prisioneros.

Evangelina había presenciado esta escena, pero había sido tan rápida que ni siquiera tuvo tiempo de echar a correr para reunirse con su amado ya que a él no le permitían ir hacia ella.

Al hacerlo ahora oyó una llamada angustiosa de su padre y se detuvo. Se dió cuenta, a pesar de

su aturdimiento, de que no podía dejar solo al anciano y volvió.

Le obligó a levantarse y tiró de él al mismo tiempo que decía:

—¡Vamos en seguida, corramos!... ¡Gabriel está embarcado ya!

Tiró del brazo del viejo, pero éste no podía correr. Ante las súplicas desesperadas de su hija trató de hacerlo, pero en seguida cayó.

Evangelina comprendió instantáneamente que iba a perder para siempre a Gabriel y dejando a su padre con el sacerdote, corrió hacia el borde de la playa.

Muda de horror, vió que un barco levantaba las velas y oyó que desde él Gabriel le gritaba con toda la fuerza de sus pulmones y de su desesperación:

—¡Evangelina!

Estaba en la popa forcejeando con tres soldados que eran impotentes para sujetarle.

Ella respondió con un grito semejante:

—¡Gabriel!

Y zarpó el primer barco, zarpó aquel barco en el que quiso la fata-

lidad que estuviera Gabriel. Allí quedaban otras naves que seguirían el mismo camino, pero ¿podría volver a reunirse con Gabriel?

Enloquecida, tambaleándose, volvió sobre sus pasos.

Su padre continuaba tendido en el suelo sostenido por los brazos protectores del padre Feliciano, pero ella, en su locura, no atribuyó al hecho ninguna importancia.

Entre sollozos, se arrodilló al lado de su padre para contarle su infortunio. Se había marchado Gabriel. Acaso no volvieran a encontrarse; acaso lo habría perdido para siempre.

El anciano no contestaba y Angelina seguía hablando, hablando...

En uno de sus ademanes tropezó su mano con la cabeza del viejo y se detuvo allí. Algo la hizo mirar en seguida la faz del viejo. Había notado que un frío extraño cubría su frente. Al ver su rostro pálido y desencajado lanzó un grito de horror:

—¡Padre!

Y su sospecha quedó ratificada cuando el padre Feliciano dijo:

—No ha podido resistir tanta emoción. Dios le reciba en su seno.

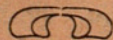
Abrazóse Evangelina al cuerpo yerto como si le remordiera la conciencia por no haberle atendido en los instantes supremos y sintió que en su corazón no había cabida para tanto dolor.

Fué horrorosa la escena que siguió a ésta tan amarga. Evangelina se sintió cogida por unos recios brazos y transportada a una barca en compañía del padre Feliciano. Y allí quedó el pobre Benedicto, modelo de honradez, abandonado a la maldad de unos hombres sin

corazón que acaso no tuvieran ni siquiera el rasgo piadoso de darle sepultura.

Evangelina llamó y llamó a su padre en vano. Luchó a brazo partido con aquellos que querían separarla del querido difunto, dejándole abandonado sobre la arena cubierta por la capa glacial de la escarcha.

Gritó mucho, pero en vano. Se sintió arrojada como un fardo en medio de una masa de gente que se amontonaba en la cubierta de un barco, y allí se quedó caída de bruces, llorando desesperadamente y protegida por los brazos paternales del padre Feliciano.



VII

Entonces comenzó la verdadera epopeya de aquella angelical y abandonada criatura. El barco en que iba con el padre Feliciano, como todos los demás, se detenía al azar en los puertos del Atlántico por que pasaban y aquí dejaban unos cuantos acadienses y allí otros y así iban vaciando su carga humana—que tal la consideraban aquellos hombres—y dispersando lo que había sido uno de los pocos pueblos unidos de la tierra.

Cuando Evangelina fué desembarcada con el padre Feliciano, no se preocupó de las condiciones de aquel lugar ni si podría establecerse allí y ganarse la vida de algún modo... La vida... ¿Qué le importaba a ella la vida lejos de

Gabriel? ¿Acaso podía llamarse vida aquello?

De lo único que se preocupó Evangelina fué de averiguar si estaba allí o no Gabriel y al comprobar que no estaba, resolvió continuar buscándole.

El padre Feliciano halló disparatado el empeño. ¿Cómo se podía buscar a un hombre que no se sabía dónde se hallaba?

—Sabemos que se encuentra en un puerto del Atlántico entre Boston y Nueva Orleans.

—Para recorrer esos puertos, investigando lo mismo en las aldeas que en las ciudades, necesitaremos años enteros. No tenemos dinero para usar diligencias ni embarcaciones. Esto nos complicará

enormemente el propósito, ya que habremos de procurar por nuestra vida al mismo tiempo que por el dinero necesario para las inversiones. En estas condiciones, Evangelina, podríamos estar toda la vida buscando sin encontrarle.

—Pero no por eso le dejaré de buscar. Toda la vida buscándole y amándole. Así se lo juré y así lo haré. Mientras quede un átomo de vida en mi cuerpo y un vestigio de energía en mis pobres miembros que ya empiezan a sentirse extenuados, no cesaré de buscarle ni de amarle. La vida para mí ya no tiene otro objetivo que hallarle y casarme con él.

Calló el padre Feliciano creyendo que el tiempo cerraría aquella herida y la haría olvidar, ya que el olvido es condición de todos los humanos.

Y comenzaron a vagar por el mundo. Iban de un pueblo a otro y de una a otra ciudad y unas veces tomaban la diligencia y otras habían de hacer el camino a pie y por etapas.

Meses pasaron así y Evangelina no se olvidaba ni se consolaba.

El padre Feliciano comenzó a desengañarse. El amor de aquella criatura era algo sobrenatural que la sobreviviría. No admitía el olvido aquel amor ni admitía el consuelo. Lo único que podría aplacarle sería la posesión del amado.

Y los meses se convirtieron en años y las cosas continuaban lo mismo. A veces Evangelina se había de detener en algún punto para reponerse de su agotamiento corporal y como el alma continuaba encendida de fe, de amor y de energía, apenas repuesta reanudaba las pesquisas por campos y aldeas, por pueblos y ciudades.

Preguntaba, preguntaba siempre y se daba el caso de que algunos le conocían y habían convivido con él algunos días, siempre pocos, porque tampoco él podía permanecer mucho tiempo en el mismo sitio.

—¿Gabriel Koreski?—decía alguno—. Sí, le vi con Basilio el herrero, pero los dos se marcharon a las praderas. Son grandes cazadores.

—¿Gabriel Koreski?—preguntaban otros—. Sí, le he visto. Pasó

por aquí hace algún tiempo, pero apenas se detuvo. Comercia en pieles en las tierras de Luisiana.

Y allá se iba Evangelina acompañada del padre Feliciano para escuchar, después de semanas enteras de viaje, una respuesta parecida:

—¿Gabriel Koreski? Sí, aquí estuvo vendiendo pieles, pero se marchó en seguida. Viaja incansablemente. Dijérase que no se encuentra bien en ningún sitio.

Por un momento el desfallecimiento y la desilusión se apoderaban del alma de Evangelina, pero en seguida reaccionaba.

Y de aquel pueblo pasaba a otro donde le decían que no lo habían visto o que se acababa de marchar. Siempre lo mismo. Pero también era siempre el mismo el corazón de Evangelina y por eso podía continuar aquella agotadora persecución.

Algunas veces, cuando forzada por su desgastada salud había de detenerse más de lo acostumbrado en algún pueblo, alguien se aventuraba a cortejarla y a hacerle proposiciones.

Eran muchachos nobles y ricos. Acaso alguno de ellos reuniera más condiciones aun que Gabriel para ser un marido ideal. Pero no era Gabriel y eso bastaba a Evangelina para que rechazara sistemáticamente todas las ventajosas peticiones.

—A aquel que tiene mi corazón daré mi mano. Él es mi amor y mi amor a él va. No quiero saber si es mejor o peor que vosotros. Me da lo mismo. Sea como sea es Gabriel, es mi amor y lo será siempre, mientras quede una gota de sangre en mis venas, una luz en mi mente, una sombra de vida en mi cuerpo.

Y añadía:

—No nos llegamos a casar, pero esto no obsta para que me sienta tan ligada a él como si Dios hubiera bendecido nuestro amor. Le juré que le amaría siempre, y aunque no se lo hubiera jurado le amaría lo mismo. Este es mi único consuelo en mi errante dolor: saber que le amo y que le amaré siempre, siempre...

Y todos quedaban admirados de aquella fidelidad, de aquella

grandeza de amor y de alma y nadie se atrevía a insistir como si temiera profanar una cosa santa y sublime, muy superior a todas las cosas de la tierra.

Pero el que más admiraba a Evangelina al convencerse, después de años enteros de frustradas pesquisas, de que aquel amor permanecía inalterable, era el padre Feliciano.

—¡Oh, Evangelina!—decía—. Tu Dios se revela en ti. No hables de amor perdido, porque el amor no se pierde nunca y menos cuando es un amor tan hermoso y verdadero como el tuyo. Si las ondas que emanan del corazón amante no llegan al ser amado, vuelven a sus fuentes como la lluvia. Es el arroyo inclinado que retorna al manantial. Ten paciencia. Cumple tu destino. Corona tu obra de amor. Cumple, hija, tu misión amorosa hasta que tu corazón sea semejante a Dios y se haga más puro, más valeroso, más perfecto, más digno de la gloria aun de lo

que ahora es. No seré yo el que oponga la menor resistencia a tu peregrinación que en otro parecería locura y que en ti resulta una hermosa obra de amor y de abnegación. Continuaré a tu lado para fortalecerte. Busquemos, continuemos buscando. Estoy seguro de que Dios, al fin, te premiará con creces tus sacrificios.

Y seguían, seguían.

A veces surgía en su camino un cementerio y una fuerza misteriosa llevaba a Evangelina hasta las blancas sepulturas y las examinaba detenidamente una a una y se preguntaba si debajo de una de aquellas losas estaría Gabriel durmiendo un sueño de eternidad... Entonces anhelaba dormirse para siempre y lo pedía a Dios, pero siempre llegaba el padre Feliciano a tiempo de hacerla desistir de aquellas ideas, ya que su misión, por lo visto, estaba aún en la tierra y no en el cielo.

Y otra vez el duro camino, y otra aldea, y otra ciudad...



VIII

Iban en una barca el padre Feliciano y Evangelina por uno de esos grandes ríos que surcan la extensión de las tierras norteamericanas, cuando les llamó la atención oír el canto regional de Acadia.

—Son nuestros hermanos, padre Feliciano—dijo Evangelina turbada por la emoción—. Ellos nos darán noticias de Gabriel y lo encontraremos.

Acercaron la barca a la ribera y saltaron a tierra internándose en aquel paraje en que se oían los alegres cantos.

Eran, en efecto, acadienses que habían formado una colonia en un valle apacible como aquel otro inolvidable en que se cobijaba Acadia.

Alegres saludos, jubilosas exclamaciones. A Evangelina le faltó tiempo para preguntar:

—¿Sabéis algo de Gabriel?

—Sí—respondieron varias voces, satisfechas de poder prestar aquel servicio a Evangelina.

—¿Está acaso aquí?—preguntó la joven sujetándose el desbocado corazón con la mano.

—No está aquí. Se fué hace tres años para no volver. Pero alguien le ha visto en San Luis.

Un amargo descorazonamiento se apoderó de Evangelina.

—Sí. Ya sé que estuvo en San Luis. Allí estuve yo también, pero ya se había marchado.

Y fueron citando nombres de pueblos y ciudades y en todos resultaba haber estado Evangelina poco después de que Gabriel se marchara.

Después explicaron los acadienses que estaban celebrando su prosperidad, pues la colonia había crecido considerablemente en los cinco años que llevaban de destierro.

Y haciendo estaban estos relatos a Evangelina y al padre Feliciano cuando llegó el viejo notario, el cual se mostró juvenilmente jovial al poder estrechar las manos de sus antiguos amigos de Acadia.

También compareció Miguel, el violinista, con un violín nuevo y algunos litros de cerveza en el cuerpo, cosa que no era de extrañar si se tiene en cuenta que los acadenses estaban de fiesta aquel día.

Y también acudió, lleno de emoción, al saber que Evangelina estaba allí, Bautista, el hijo del notario.

Le apenó mucho el saber el calvario de Evangelina y le ofreció su casa para descansar algún tiempo de sus fatigas.

Entre él y el padre Feliciano lograron que Evangelina aceptara y allí permaneció algunos días, bajo el techo amigo de Bautista y siempre acompañada del padre Feliciano, gozando de una paz y de un bienestar que le recordaron su vida en Acadia. Pero esta paz llegó a avergonzarla como si estuviera gozando de lo que no le pertenecía y, desoyendo las súplicas del buen Bautista y de todos sus amigos, reanudó el éxodo interminable.

* * *

Utilizaron la misma barca que les había llevado hasta allí.

Llevaban navegando cerca de un mes por el caudaloso río y se habían detenido en dos aldeas más donde habían obtenido informes de un rico colono llamado Basilio y que tenía un hijo llamado Gabriel.

—¿Dónde residen?—se apresuró Evangelina a preguntar.

—Yendo río abajo les encontraréis—le contestaron.

—¿Viven muy lejos?

Eso no lo sabían. Sólo tenían conocimiento de que de vez en cuando llegaba hasta allí un caza-

dor que decía vivir con su padre río abajo.

Poco era, pero bastaba para que Evangelina estuviera animada por la esperanza algunos días.

Navegaron río abajo una jornada y otra jornada. Paisajes pintorescos se extendían a ambos lados del río. Solían ser tupidos bosques o selváticos macizos. A veces cambiaba el panorama y la frondosa vegetación se convertía en montaña rocosa. Vieron atardeceres en que las sombras parecían surgir de hondas gargantas para dispersarse por los ámbitos de la naturaleza.

De vez en cuando un ave se sumaba a la peregrinación y girando y graznando sobre sus cabezas, acompañaba a la barca varias millas. De pronto parecía cansarse de aquel viaje sin término y se adentraba en la selva.

Pasaron rápidos peligrosos en que la barca danzó como una cascara de nuez y navegaron por tranquilas superficies en que el brazo fluvial se deslizaba mansamente con igual y armonioso canturreo.

Atardecía cuando columbraron

en medio del río un islote de vegetación, largo y estrecho. Por entre los troncos de las plantas podría hablarse de un lado a otro del islote y no emplearía la barca más de cinco minutos en recorrer todo el largo de la orilla.

Algo misterioso se fué apoderando de Evangelina conforme se acercaban al islote. Era una emoción... un presentimiento... algo dulce y muy íntimo...

—Padre Feliciano—dijo—. Me da el corazón que vamos a encontrar la finca de Basilio y, en ella, a Gabriel. Algo extraño anima mi corazón y le llena de deliciosas emociones. Algo que no puede ser otra cosa que su proximidad, la proximidad de su alma y la mía...

Pero en seguida pareció volver en sí y se apresuró a rectificar.

—Pobre de mí. El deseo de encontrarle me enloquece y me ciega. Estoy segura de que estaréis pensando que desvarío.

—Hija mía—repuso el padre Feliciano—. Tus palabras no son vanas. Antes bien, yo las comprendo perfectamente. El sentimiento es hondo y silencioso y la palabra

que sale a la superficie es como la boya flotante que señala el lugar donde el ancla está sumergida. Tene en tu corazón y en lo que la gente llama presentimiento. No lejos de aquí, hacia el sur, están las ciudades de San Mauro y de San Martín. Allí, la novia, tanto tiempo errante, será entregada a su esposo, porque es seguro que allí tiene Basilio sus propiedades. Allí, el pastor, tanto tiempo errante, encontrará su rebaño y su aprisco. El país es hermoso. Está lleno de bosques de árboles frutales y alfombrado de riquísimas praderas. A los pies, un florido jardín; arriba, un cielo purísimo, apoyando su bóveda sobre los muros de la selva. Sus habitantes le llaman el paraíso de Luisiana y en realidad eso parece: un paraíso.

Gran bien hicieron a Evangelina aquellas palabras y su emoción se intensificó de tal modo que comenzó a cantar, cosa que no había hecho desde que saliera de Acadia.

Y cantando, cantando, entró la barca en la parte del río en cuyo centro se alzaba el islote.

Otro viajero pasaba al mismo

tiempo con un bote por la parte opuesta. Era un hombre joven y robusto aunque había algo que denotaba una vejez forzada y prematura.

Llevaba los ojos fijos en el fondo de la barca y remaba lentamente, encorvado el pecho. Dijérase que una honda preocupación le dominaba.

Aquel solitario navegante era Gabriel Koreski, el hijo de Basilio el herrero, el hombre por el cual Evangelina llevaba años enteros de peregrinación por el mundo.

También él tenía constantemente puesto el pensamiento en la novia amada. Tampoco él había cesado un instante de amarla y buscarla.

Algo extraño y muy hondo le dominó repentinamente. Le pareció como si Evangelina apareciera de pronto ante él, tan vivo fué el recuerdo de una de aquellas escenas de felicidad de que con frecuencia eran protagonistas allá en Acadia.

El sentimiento inexplicable de que estaba cerca restó a sus brazos la facultad de movimiento y que-

dó cogido a los remos y doblado sobre sus puntas.

Era indudable que un effluvio misterioso había llegado hasta el dándole aquella sensación extraña y poderosa. De pronto, le pareció oír la voz de Evangelina en aquel canto inconfundible que él llamaba "su canto". La voz era débil y remota, trémula y ahogada por la emoción. Alzó los asombrados ojos y miró en torno suyo. Como la sensación del canto persistía, se puso en pie en la barca y prestó atención para ver de averiguar la dirección en que venía el canto. Pero en este momento el canto acabó de extinguirse y Gabriel volvió a sentarse desesperanzado en la barca y de nuevo empuñó los remos...

—Una ilusión más—se dijo.

Recordaba otros hechos semejantes. No era la primera vez que su imaginación había forjado fantasías sobre la mujer amada y buscada.

Otra vez sus ojos se fijaron en el fondo de la barca y sus brazos comenzaron a moverse en tanto su pecho se doblaba sobre las puntas de los remos.

Al otro lado del islote había sucedido algo semejante.

Apenas comenzara a cantar, el descorazonamiento se fué apoderando del alma de Evangelina y su voz empezó a debilitarse.

No iban a ras de la orilla sino por en medio del brazo fluvial que quedaba entre ella y la margen del río y por eso su voz llegó a oídos de Gabriel con matices de lejanía y de ensueño.

La voz acabó por naufragar en la desesperanza y entonces fué cuando Gabriel se dijo que todo había sido obra de su imaginación y volvió a empuñar los remos.

Cuando la barca de éste llegaba al extremo norte del islote, la de Evangelina llegaba al extremo sur. Había caído la noche sobre la inmensidad de la selva y todas las palpitaciones diurnas habían muerto con la voz de la cantante.

Así fué cómo pasaron el uno por el lado del otro sin verse. Cinco años buscándose y ahora que se cruzaban en el camino no se veían. ¿No era esto como un presagio de que aquellos dos seres no se encontrarían jamás?

IX

Llegaron al paraíso de Luisiana, aquel hermoso rincón de la naturaleza donde el padre Feliciano, guiándose por los datos obtenidos, sospechaba tuviera su residencia Basilio el herrero.

Apenas se adentraron en el frondoso paraje, vieron una casa rodeada por un inmenso y florido jardín. Era una vivienda suntuosa dentro de su tosquedad, construída con sólidas vigas de ciprés.

A un lado y otro de la casa, en medio de las flores del jardín, había dos grandes palomares llenos de palomos que se arrullaban continuamente y parecía aquel detalle un símbolo de amor y una prueba de que éste no faltaría nunca en aquella casa.

En medio del jardín había una glorieta cubierta de plantas trepadoras y todo el camino central estaba protegido por una bóveda de enredaderas que se enroscaban a finas y esbeltas columnas de ciprés.

Detrás de la casa se abría un camino que después de cruzar un espeso bosque de encinas se perdía en la inmensidad de una verde pradera que parecía un mar de sol.

Cerca del confín del bosque y de la pradera había un ganadero montado en su caballo enjaezado a la española. Llevaba polainas de piel de gamo y una chaquetilla corta.

A su alrededor numerosas vacas lustrosas pacían en la verde

pradera o tomaban el sol echadas con indolencia sobre la blanda alfombra de verdura.

Aquel hombre era Basilio el herrero. No parecía haber envejecido y conservaba su corpulencia y sus bríos de siempre.

Acababa de conducir el rebaño a la pradera y seguro de que, como siempre, no se movería de allí hasta que volviera él a recogerlo, regresó a la casa por el camino que se deslizaba entre el bosque de encinas.

Evangelina y el padre Feliciano habíanse detenido ante la casa y considerando que muy bien podía pertenecer al rico colono en que Basilio se había convertido, empujaron la baja puerta del jardín y entraron.

No habían visto al ganadero ni al rebaño que estaba al otro lado de la casa y tampoco el ganadero había podido ver a los visitantes.

Apeóse Basilio de su montura y cruzó la casa para echar un vistazo al jardín, cosa que hacía diariamente.

No bien hubo puesto el pie en el umbral del huerto, vió a los visi-

tantes y tal fué su sorpresa y su alegría que estuvo un momento inmóvil, sin saber qué hacer ni qué decir.

Lo mismo había sucedido a Evangelina y al padre Feliciano, pero la joven, reponiéndose en seguida, corrió a abrazar al que debió ser su suegro.

Exclamaciones de júbilo, rudas y sinceras, brotaron de los labios del herrero en tanto el padre Feliciano y Evangelina se dejaban estrechar por sus fuertes brazos.

Les hizo pasar en seguida al interior de la casa y allí estuvieron hablando sobre lo que ocurriera desde aquel día fatal en que fueron embarcados como fardos.

Basilio había tenido suerte. Después de algunas luchas y de otros tantos tanteos en ocupaciones diversas, establecióse allí logrando en pocos años extender sus propiedades y multiplicar sus ganados que ahora eran los más numerosos y mejores de la comarca.

Evangelina y el padre Feliciano sólo pudieron contar infortunios, pero todo lo daban por bien empleado habiendo hallado al fin

la morada de Gabriel.

Al llegar a este punto, Evangelina no pudo menos de hacer la pregunta que desde el comienzo de la charla daba vueltas en su imaginación.

—¿Dónde está Gabriel?

Los dos viejos se miraron como si Evangelina acabara de hacer un descubrimiento. Ninguno de los dos, en su afán de contarse cosas, había pensado en que Gabriel era el motivo principal de aquel encuentro y en que Evangelina estaba allí, deseando saber de él después de largos años de inútiles pesquisas.

—Perdóname, Evangelina, si no había pensado en eso—se disculpó Basilio—. Gabriel partió ayer, y ciertamente me extraña que no os hayáis cruzado en el camino por que por el río se fué en su barca.

Inmediatamente tuvo Evangelina un recuerdo. Evocó aquel momento en que le pareció sentir la proximidad de Gabriel.

—Era él, padre Feliciano. ¡Era él!—exclamó.

Y añadió en seguida con voz anhelante:

—¿Adónde ha ido?

—En tu busca—repuso el herrero—. Desde aquel día inolvidable en que partimos de Acadia no ha cesado de buscarte y de nombrarte. Ha recorrido toda la costa y ha visitado cien pueblos.

—Como yo, como yo—exclamó Evangelina profundamente emocionada.

—Eso decía él—comentó Basilio—. No cesaba de nombrarte y de repetir: "También ella me estará buscando. Estoy seguro. Y también ella se dirá que buscará y buscará mientras quede un soplo de vida en su cuerpo. Como yo. Como yo."

—¿Volverá?—inquirió Evangelina vacilando entre la duda y la esperanza.

—Seguramente, pero no puedo precisar cuándo, porque ni él mismo sabe nunca el tiempo que tardará en regresar cada vez que emprende uno de estos viajes.

La noticia llenó de desaliento el alma de la joven y de tal modo se reflejó éste en su rostro, que Basilio, compadecido, manifestó:

—Pero no te preocupes. Maña-

na partiremos en su busca. Siguiendo el camino que ha seguido él, le encontraremos seguramente. En alguna parte se habrá detenido.

Tranquilizada y consolada por estas palabras, Evangelina se dispuso a esperar la llegada del día siguiente. Aceptaron la invitación de Basilio a compartir con él la mesa y pasar la noche bajo su techo y mientras el padre Feliciano y el herrero continuaban hablando de Acadia, ella se dedicó a recorrer la casa en busca de una huella de su amado.

—¿Dónde está la habitación de Gabriel?—preguntó.

Se la indicó el colono y ella penetró en la estancia después de de-

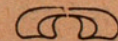
tenerse en el umbral sobrecogida por las emociones que en tropel se agolpaban en su corazón.

En medio estaba el lecho donde él dormía y al lado en una silla se veían algunas de sus ropas, el traje que sin duda se cambió el día pasado para ir en su busca.

Avanzó Evangelina hacia aquellas ropas y se apoderó de ellas llevándoselas al pecho y estrechándolas contra su corazón.

Las acarició y las besó como si fueran el mismo Gabriel y dejó caer sobre ellas lágrimas de ternura.

—¡Gabriel! ¡Gabriel!—murmuró—. ¿Será verdad que voy a encontrarte al fin?



X

A la mañana siguiente todo estaba dispuesto para partir.

Allí estaban los barqueros que habían preparado a Basilio la barca pedida el día anterior. Allí estaba Evangelina, esperando a que Basilio se levantara, pues ella lo había hecho cuando las primeras claridades matutinas se filtraron por las rendijas de las ventanas.

Levantóse al fin Basilio y también el padre Feliciano, aunque se había convenido que éste se quedaría en la granja cuidando de ella.

—Pronto estaremos de vuelta con Gabriel, padre Feliciano, y entonces nos casaréis—dijo esperanzada Evangelina.

—Pediré a Dios en todas las

oraciones que así sea—repuso el padre Feliciano.

Los barqueros se ofrecieron para acompañar a Basilio, pero éste no aceptó la ayuda. Ello hubiera sido impropio del padre del mejor pescador de Acadia.

Y con el alma llena de infantiles ilusiones, Evangelina saltó a la barca y Basilio la imitó, y se alejó la navecilla, en tanto sus tripulantes decían adiós con alegres gestos al padre Feliciano, el cual los acompañó hasta la misma orilla.

En las primeras millas de río tuvo Basilio que remar continuamente porque la corriente allí era tan ligera que no se percibía, pero pronto salieron del remanso y fue-

ron arrastrados por aguas que rugían con vértigo y se deslizaban entre masas rocosas.

Llegaron el mismo día a una aldea de cazadores donde les dijeron que por allí había pasado Gabriel pero sin detenerse, y ya no volvieron a encontrar ninguna huella de vida humana hasta treinta horas después.

También en aquel pueblo le habían visto pasar sin detenerse y otra vez continuaron ellos el viaje el día mismo de la llegada, después de aprovisionarse.

En el tercer pueblo que hallaron en el camino ya no habían visto a Gabriel y tampoco en el cuarto.

Evangelina comenzó a perder las esperanzas y esta vez se le ocurrió pensar en las oscilaciones continuas en que su alma fluctuaba desde aquel día en que se lanzara a la busca de Gabriel. ¡Cuántas veces había sentido la esperanza que la animaba al salir de casa de Basilio y cuántas era presa del descorazonamiento que ahora la poseía! ¡Cinco años había su alma como navegado por un mar

de altas olas encontrándose ya en la cima de ellas, desde donde se divisaba el horizonte de la felicidad, ya en el fondo de las móviles vertientes, donde no se veía más luz que la del cielo!

Basilio había perdido también la esperanza de encontrarle, pero se fingía tan animado como en el momento de partir para no aumentar el tormento de Evangelina.

—Es casi seguro que en el pueblo inmediato le encontraremos—decía cada vez que dejaban un punto para dirigirse a otro.

Pero sucedía que tampoco en el otro punto le encontraban y que otra vez había de pensar Basilio el nuevo motivo para asegurar que en el pueblo siguiente se hallaría Gabriel.

Unos eran pueblos de pescadores, otros de cazadores, otros de comerciantes de pieles y en todos ellos era lógico que se encontrara Gabriel, pero en ninguno estaba.

Y la barca seguía su ruta sin fin, río abajo, como en persecución de una quimera.

* * *

Un día, día gris en que las aves no cantaban en las frondas de la orilla, ni la corriente tenía rumores musicales, pues rugía como presa de ira mortal, penetraron en una zona de rápidos en que la barca comenzó a danzar peligrosamente.

—Cógete bien a la borda y no temas—recomendó Basilio a Evangelina.

Y pasaron un rápido y otro sin que hubieran de lamentar sino leves salpicaduras.

Finalmente penetraron en la corriente de uno que se mostraba menos infranqueable que los demás. La ligera navecilla comenzó a cabecear y a doblarse sin obedecer al timón que Basilio sujetaba con sus brazos de hierro.

—¡Ganemos la orilla!—gritó la joven—. Es imposible salir con bien de este paso.

—Ya no hay tiempo—replicó Basilio sin ocultar su inquietud—.

Cógete bien y sea lo que Dios quiera.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, penetró la barca en una fragorosa pendiente líquida que fluía entre rocas lanzando rugidos y produciendo remolinos de espuma.

Evangelina se sintió azotada por líquidos raudales que le impedían ver y sacudida por los vaivenes de la barca.

Quiso volverse para mirar a Basilio pero una cortina de agua se lo impidió. De pronto, una violenta sacudida la levantó en vilo y advirtió que en el aire la alcanzaba la barca. Al volver a caer en la inquieta superficie, no fué ya la quilla lo que se apoyó en el agua, sino la borda por donde penetró un verdadero torrente que la hizo volcar en el acto.

Desapareció debajo del agua el cuerpo maltrecho de Evangelina y apenas el pensamiento de que

iba a morir cruzó su mente, se sintió arrojada sobre algo que comprendió en seguida era una dura roca.

Con un deseo grande de vivir, porque ahora sabía que Gabriel estaba vivo, se afianzó con sus dedos enclavijados a la roca y salió a flote sin soltarse. Vió que la orilla estaba cerca y que de aquella roca podía pasar a otra y que de ésta podía arrastrarse hasta la ribera y lo hizo sin vacilar y agotando en aquella operación las pocas fuerzas que le quedaban.

Cuando estuvo a salvo pensó en

Basilio y se puso en pie para escudriñar el río en todas direcciones.

Y entonces vió cómo el cuerpo del padre de Gabriel se debatía angustiosamente tratando en vano de dirigirse a la orilla y cómo un remolino le hacía dar una pirueta y se lo tragaba para no dejar rastro de él.

Aterrada, Evangelina se cubrió los ojos con las manos y después gritó desesperadamente:

—¡Basilio! ¡Basilio!

Pero sólo el rugido de la furiosa corriente le contestó.

* * *

Anduvo algunos días vagando por los bosques hasta que encontró un alma compasiva que le dió abrigo y alimentos.

Pero algunos días después volvía a partir con algunas provisiones.

¿Adónde iba? En busca de Gabriel... siempre en busca de Gabriel... ¡Siempre! Mientras que-

dara un átomo de vida en su cuerpo.

Y pasaron meses y pasaron años.

Centenares de pueblos visitó preguntando en todos ellos si habían visto a Gabriel Koreski y en algunos le contestaban que sí y en otros que no.

Ya no tenía la menor esperanza de encontrarle, pero quería cum-

plir con su deber de buscarle y dar cima a su obra de amor tal como el corazón le dictaba.

Encanecieron aquellos cabellos, profundas arrugas surcaron aquella frente y aquellas manos y seguía buscando... buscando...

—¿Habéis visto a Gabriel Koreski?

Siempre la misma pregunta y siempre las mismas respuestas.

—El año pasado estuvo unos días aquí.

—No le hemos visto jamás.

Y Evangelina continuaba su hermosa peregrinación guiada por la luz divina de su amor inmortal.

Por fin era tan vieja, tan vieja, que sus piernas se negaban a responder a sus deseos en las largas caminatas de ciudad en ciudad y se quedó en una de ellas, en una cualquiera, sin preocuparse siquiera de cómo se llamaba.

—¡No puedo más, Dios mío! Ya ves que no puedo más. Seguiré pensando en él, pero ya ves que seguir buscándole no puedo.

Y allí se quedó.

Para no estar inactiva, para pagar con algún sacrificio el placer

de pensar en Gabriel, se dedicó a hacer obras de caridad. No tenía nada propio para dar, pero lo hallaba pidiéndolo. La ciudad era populosa y en ella había grandes señores. A ellos se dirigió Evangelina y les habló en nombre de los necesitados. Ella no tomaría nada para sí de lo que le dieran, pero lo tomaría todo para los demás. Ella con un trozo de pan y un vaso de agua tenía bastante, pero había otros, enfermos, desvalidos que necesitaban más. Para ellos pedía Evangelina.

La creyeron y al comprobar que hacía cuanto decía, sin temor a enfermedades contagiosas y sin detenerse ante ningún sacrificio, comenzaron a reputarla de santa y nadie le negaba las limosnas que pedía para los demás.

Un día, mejor dicho, una noche, al entrar en una choza donde varios desheredados de la fortuna se morían de hambre y de vejez, oyó que una voz pronunciaba su nombre.

—Evangelina... Evangelina...

Preguntó y uno de los viejos le dijo que era forastero llegado ha-

cía poco a la ciudad y que tenía la obsesión de aquel nombre. Debía de estar loco.

Acercóse la caritativa anciana con curiosidad al lecho del forastero y lo que vió la dejó petrificada y clavada en el suelo por la sorpresa.

Conocía aquel rostro... Y añora que conocía aquel rostro, conocía también aquella voz...

Dió un paso más y al comprobar que los ojos no la engañaban cayó de rodillas al lado del lecho y exclamó con su voz trémula de anciana:

—¡Gabriel! ¡Gabriel!... ¡Al fin!... Toda la vida buscándote y

amándote... Bendito sea Dios que ha premiado al fin mi constancia.

El enfermo abrió los ojos y estuvo un momento contemplando a Evangelina con expresión de incredulidad. ¿No sería una visión como tantas veces?

Tendió las rugosas manos y tocó sus hombros para cerciorarse de que no se trataba de una aparición. Creyó al fin. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho en tanto murmuraba:

—¡Al fin, Evangelina, al fin!...

Y de los ojos de uno y otro caían lágrimas de felicidad, lágrimas de amor, lágrimas silenciosas y cálidas, fruto de sus corazones llenos de amor y de fe.

* * *

Unos buenos amigos de "la santa" les dieron casa y alimentos a cambio de un trabajillo insignificante y adecuado a su edad.

Se casaron y fueron felices. Alguien llamó tardía a aquella feli-

cidad, pero Evangelina repuso interpretando el pensamiento de los dos:

—En lo eterno no hay nada tardío.

Y aquellos dos viejecitos ena-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

morados vivieron todavía mucho tiempo para ser un ejemplo de amor abnegado, de amor verdadero, de amor sublime, a los ojos de los pobres seres humanos, que tan necesitados andamos de estas hermosas lecciones.

FIN

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Aguilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Ben-Alí.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Vírgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el Cielo.—La senda del 98 y Espejismos.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

¡GRAN ÉXITO!

La Novela Eva

(Publicación semanal de novelas modernas)

Números publicados:

La rubia del taxímetro

por DOMINGO DE FUENMAYOR

**La manicura que no sabía
decir que no**

por LILÍ

Santa Madrona

(Aguafuerte de los barrios bajos barceloneses)

por JOSÉ REYGADAS

Impresión... eléctrica, por LINA

Encarna, la enigmática, por DORA

Casada... y como si nada

por DON NADIE

Cuatro maridos, por TONY

Esta semana:

El caso de Clarita, por Lina



INMEJORABLE PRESENTACIÓN
ILUSTRACIONES EN EL TEXTO

Precio: 30 céntimos

La Novela para todos

(Publicación semanal de novelas para todos los gustos)

NÚMEROS PUBLICADOS:

Mary la buena, Mary la mala

por Manuel Reinlein Sotomayor

La que no pudo ser mala

por Sara Insúa

La estrella de los montes

por R. Merchán Vargas

Ella, El y el Perro

por Jorge Clary

ESTA SEMANA:

Alicia, la divina amante

por L. Linares Lorca



COLABORACIÓN SELECTA EXCLUSIVAMENTE
NACIONAL

Ilustraciones en el texto

Precio: **30 cts.**

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

La Novela Frívola Cinematográfica

Los Grandes Films de

La Novela Semanal Cinematográfica

y las selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Siempre lo mejor!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



Precio: UNA peseta